

EL HUMORISMO Y LA POESÍA DE SOSEKI

LA ACEPTACIÓN DEL INFLUJO OCCIDENTAL SIN PERDER EL RESPETO A LA TRADICIÓN ESPIRITUAL JAPONESA ESTÁN PRESENTES EN EL TRASFONDO DE LA OBRA DEL ESCRITOR YA EN SUS INICIOS

Natsume Soseki (Tokio, 1867-1916) es uno de los autores clave en la renovación de la literatura japonesa a comienzos del siglo XX —aquejada entonces de una falta de vitalidad preocupante—. Es un momento en que coincidiendo con la era Meiji se produce la modernización de Japón al dejar entrar el influjo de Occidente, tras 250 años de ensimismamiento y cierre absoluto a todo lo llegado de fuera. El proceso es difícil y conflictivo, en cuanto que era mucha la oposición a esta permeabilidad por temor a perder el sentido de la espiritualidad ancestral y el sentimiento de colectividad ante la fuerza del individualismo occidental, que traía aparejado la tecnología, la máquina, y que —denunciaban los tradicionalistas— supondría una frivolidad de la existencia.

Esta pugna se halla insistentemente presente en la obra de Soseki ya desde sus inicios literarios, marcados por el éxito fulgurante que alcanza su primera novela —*Soy un gato* (1905), publicada por entregas en una revista—, y a la que seguirá poco después *Kusamakura* —*Almohada de hierba*—. Soseki no puede olvidar los años de formación pasados en Londres y su conocimiento de la literatura inglesa, que difundirá después en la Universidad de Tokio, en donde —casualidades— releva en la cátedra de inglés al conocido niponólogo Lafcadio Hearn, que tanto hizo por divulgar su cultura de adopción. Sin embargo, que no



Natsume Soseki (1867-1916) fue el gran renovador de la literatura japonesa

olvide no quiere decir que Soseki se entregue rendido al embrujo de Occidente. Al contrario. Deplora el papanatismo frecuente y la actitud del esnob, y defiende con arrojo los valores de la espiritualidad y la ética que sustentaron tradicionalmente la vida y la sociedad de Japón. Eso sí, el individualismo será para él un aspecto fundamental en el desarrollo de la persona, y el lugar del que partir como creador.

UN FELINO VERBOSO

Todo ello centra la acción de *Soy un gato*, novela excesiva que da voz a un gato verboso, descarado, observador —hasta cotilla, diríase— y mordaz que no deja títere con cabeza en el mundo de los humanos.



«Soy un gato»

Natsume Soseki.
Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés.
Editorial Impedimenta.
Madrid. 656 págs. 28 euros.



«Kusamakura»

Natsume Soseki.
Traducción de Emilio Masía
y Moe Kuwano. Ediciones
Sígueme. Salamanca.
207 páginas. 18 euros.

La vida tranquila y aburguesada del barrio será el hábitat que destripa y satiriza sin piedad este felino dicharachero y sabiondo, que airea las contradicciones de un país en creciente europeización, así como las tensiones entre lo rural y lo urbano. *Soy un gato* se lee hoy con gran fruición, ya que su humorismo recalcitrante la convierte en una obra de absoluta modernidad, y a su protagonista —un mediocre profesor, plagado de pequeñas desgracias como su dispespsia—, en un verdadero héroe de lo cotidiano.

Otra cosa distinta es *Kusamakura*, delicado tapiz narrativo trenzado de poesía, en el que, es verdad, están latentes los mismos debates. La novela gira alrededor de un pintor

de la era Meiji y funciona casi como un ensayo sobre la forma en que el arte debe abordar la realidad —el distanciamiento de las emociones y del bullicio del mundo—. E insiste en que la espiritualidad japonesa y el retiro son claves para trascender la vida y la creación —parece que el pianista Glenn Gould tenía un ejemplar gastado del libro en su mesilla en el lecho de muerte—. Soseki no hace sin embargo un ejercicio de nostalgia por el shogunado de Tokugawa perdido: no en vano nació justo un día antes de que echara a andar la era Meiji.

No había alcanzado aún la depuración de la escritura que bordará en *Kokoro*, pero la fuerza y el genio de Soseki son ya innegables.



«La boca llena de tierra»

Branimir Scepanovic. Traducción de Dubravka Suznjjevic. Sexto Piso. México-Madrid. 78 págs. 14 euros.

LA BELLEZA SALVÍFICA

Quizá en vez de elogiar esta novelita de parentesco bernhardiano debería advertirles contra ella, como hace el serbio Goran Petrovic en su ajustado prefacio. Y es que *La boca llena de tierra*, de su compatriota Branimir Scepanovic (1937), es una obra dura, difícil de digerir. Cargado de extraña poesía, Scepanovic, de forma cruda y con inusual lucidez, aborda la estéril carrera en pos de la belleza salvífica para concluir la implacabilidad de la muerte, la futilidad de la vida y la amenaza acechante de la violencia siempre latente en el hombre, en la sociedad.

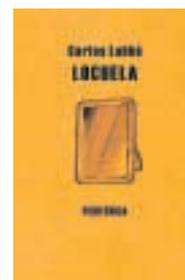


«Staten Island»

Arthur Nersesian. Traducción de Pablo Cañamares. Ed. Alpha Decay. Barcelona. 343 páginas. 26 euros.

DISTOPÍA DESMADRADA

El escritor neoyorquino de origen armenio-irlandés Arthur Nersesian hace honor a su cosmopolitismo mestizo y sirve en *Staten Island* una distopía desmadrada en la que Uli —cómo no, desmemoriado— trata de desentrañar un Nueva York de pega y peligroso —troteos, atentados y enfrentamientos de bandas— trasplantado al desierto de Nevada, una especie de experimento social setentero para confinar a ciudadanos inquietos o criminales en un tiempo apocalíptico. Con sus desajustes, la novela pide ser adaptada al cómic y al cine, y por supuesto, la lectura.



«Locuela»

Carlos Labbé. Colección Biblioteca Portátil. Editorial Periférica. Cáceres. 251 páginas. 16,5 euros.

LA REALIDAD Y EL SUEÑO

Onetti, Bioy Casares o Piglia han indagado los límites entre la realidad y los sueños con diversa obsesión, y el joven Carlos Labbé (Santiago de Chile, 1977) tampoco se ahorra la suya en esta compleja novela en los límites del género policíaco que es *Locuela*. Con innegable querencia metaliteraria, el autor, como ya apuntaba en *Navidad y matanza*, es un consumado experto en armar tramas entrecruzando voces y dejando en el aire que no existe una sola verdad insoslayable, máxime cuando se trata de explorar el mal como hace el protagonista del relato.